



UNA AMERICANA EN SEVILLA

MARIA LA MARRURRA

*«La elipse de un grito
va de monte
a monte»
(F. GARCIA LORCA)*

DE María la Marrurra, norteamericana y cantaoira —tan cantaoira por lo menos como norteamericana—, tengo que decir, en primer lugar, que conoce y ejecuta el cante con una sabiduría y perfección que sólo algunos profesionales alcanzan y muy pocos superan. Suscribirían este juicio flamencos de la talla de Juan Varea, Fernanda de Utrera, Rafael Romero, Miguel Vargas, Enrique Morente, Juanele de Jerez, Melchor de Marchena, Perico el del Lunar, Paco Valdepeñas... y otros excelentes artistas a quienes, dejando a un lado cortesías, hemos oído más de una vez ponderar, razonadamente, las virtudes cantaoiras de María la Marrurra, que, sin lugar a dudas, representa hasta el momento el intento más alto y tenaz de ruptura del localismo flamenco y, en el anverso, de universalización del cante que no en vano se llama «jondo», es decir, hondo, y «grande», adjetivos que definen perfectamente la abultada dimensión estética y humana del arte flamenco. La diversidad de matices, formas, dejillos y acentos que pueblan el cante y lo enriquecen desde la heterogeneidad social y las vicisitudes históricas y culturales de cada comarca no son más que las cuentas de un collar que no sería posible sin el hilo sentimental del hombre que las engarza. Debajo de todos los fandangos, de todas las soleares y todas las seguiriyas hay algo humano fundamental, jondo, grande, universal como un poema de Homero o un cuadro de Picasso. «Como oferta humana, los ayes flamencos no pueden ser totalmente ajenos al no andaluz. El

cante es un riquísimo ventanal del espectáculo humano»: así decía González Climent pensando en Elaine Adelaide Dames, neoyorquina, el antecedente más importante de María la Marrurra y que recibió mención de honor en el Concurso Nacional de Cante Jondo de 1959 en Córdoba.

El proceso de flamenquización avanza hoy, como ayer ocurrió con el «jazz». Japón, Francia, Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y muchos otros países compran una gran cantidad de discos y antologías de flamenco. De todos estos países vienen a España numerosos artistas que a veces ya han recibido clases de artistas españoles que trabajan o residen fuera, como ocurre con la excelente y numerosa escuela de guitarristas de Nueva York (Marío Escudero, Sabicas, Juanito Serrano y un etcétera muy largo). Enrique Morente, que acaba de llegar de una triunfal gira por Méjico, Estados Unidos y París, donde cantó hace unos días en la Unesco, me habla asombrado de la atención que al flamenco se concede fuera de aquí. Por otra parte, algunas experiencias, como las realizadas por Angel Facio con «La casa de Bernarda Alba», en Oporto, o las del teatro Lebrijano y el Quejío de La Cuadra sevillana, que actúa en el Pequeño Teatro, están sentando las bases de un teatro de inspiración andaluza popular, paralelo a la renovación de los Meneses, Morente, Gerena, que, al igual que ocurre con la renovación, está siendo reclamado y muy seriamente valorado más allá de nuestras fronteras, ayudando a precisar, extender y valorar el flamenco fuera de nuestra Patria.

Todas estas experiencias y dedicaciones nos parecen dignas de que hoy sean conocidas por nuestros lectores. María la Marrurra, capaz de enfiar las cuentas del cante en el rosario de Mairena, Tomás Pavón y la Niña de los Peines —sus puntos cardinales favoritos—, cantando por soleares, seguiriyas y tientos, muestra en la entrevista que acompaña estos comentarios las dificultades morales y económicas —y no olvidamos las de nuestros cantaores al margen de los dólares— que de todas maneras suponen esa extraña aventura —transferencia cultural dirían los antropólogos—, que a unos desde la música clásica (mundo establecido) y a otros desde el gemido «beat» y la música «pop» (lo «popular» de las clases burguesas de las sociedades avanzadas en crisis) arrastra hacia el grito tremendo de la seguiriya en busca de la poderosa y rica muestra de resistencia que el espíritu humano es todavía capaz de ofrecer, sometido a todas las presiones en las regiones subdesarrolladas.

¿COMO LLEGAR A SER ARTISTA FLAMENCO?

(Entrevista con María la Marrurra.)

MARIA LA MARRURRA.—La primera vez que yo entré en contacto con el flamenco fue por un disco que escuché en Estados Unidos. Más tarde, en Nueva York, hice amistad con Sabicas, y me dio las señas de unos amigos en Méjico, porque yo iba a estudiar español a la Universidad. Allí conocí a otros artistas

flamencos y a Cristóbal, que había conseguido hacerse guitarrista. Y entonces decidí venirme a España y fui a Sevilla.

F. ALMAZAN.—La primera vez que nos vimos fue en Granada; ibas con el magnetofón al hombro y muy preocupada porque no sabíamos si cantarías Mairena, ¿te acuerdas? Además de las cintas que te he visto grabar durante los últimos años —¿cuántos llevas aquí?— siempre has vivido bien relacionada con los cantaores. ¿Quiénes te han enseñado o influenciado más intensamente?

LA MARRURRA.—Por la Feria de Sevilla de este año se cumplieron los seis años desde que empecé a escuchar personalmente a muchos artistas en las fiestas. Cuando vivía en Morón escuchaba a los artistas locales: a Diego el del Gastor, a Joselero de Morón y a Juan Talega, con quien me reunía mucho; también con la Fernanda de Utrera... Más tarde conocí a Antonio Mairena por medio de Talega, y empecé a influenciarme poderosamente y me ha guiado bastante. También tenía la suerte de conocer a Pastora Pavón, la Niña de los Peines. Y no puedo dejar de mencionar los que me han influenciado por medio de los discos, como Manuel Torre, Niño Gloria, Tomás Pavón. Y he conocido al hijo de Manuel... a Tomás Torre, que suena a su padre y hace acordarse de él. Además me trato mucho con Caracol, que es un genio inclasificable y canta siempre con sentimiento...

F. A.—¿Qué has tenido que sacrificar en estos seis años para llegar a ser cantaoira y cantar como cantas?

LA MARRURRA.—Muchísimo que no te puedes imaginar... ¡Y todavía me quedan muchos sacrificios para sostener la afición que llevo dentro! Dejar mi tierra y mi gente, adaptarme a otras costumbres, aguantar la crítica que hacen de mí por la afición y el ansia de seguirlo, vivir incómoda... ¡Como gasto más tiempo en la afición que en el trabajo que podía darme para comer y vivir como quiero! Mis padres se han tenido que sacrificar para mandarme para vivir aquí.

F. A.—¿Y qué satisfacciones te proporciona el flamenco en compensación? ¿Qué es para ti el flamenco?

LA MARRURRA.—Disfruto cuando escucho ese arte en su forma pura y cuando escucho artistas que me «llegan».

(«... su forma pura», dice María, y con ello acaba de señalar uno de los aspectos más difíciles de superar por un extranjero —y para los que no son extranjeros también—, ya que bastante tarea supone para ellos imitar las formas cristalizadas por los maestros. María, fiel discípula de Antonio Mairena, participa, además, de las teorías puristas y duendistas creadas por la burguesía a partir del surgimiento de los cafés de cante y utilizadas posteriormente como propias por los flamencos. Algunos de estos aspectos, señalados por José Monleón hace algunos años, han sido imperdonablemente olvidados por cuantos se han dedicado a escribir sobre estas cuestiones, no por otra cosa —son poetas en su mayoría— que por no haber sido capaces de superar las formas y conceptos poéticos y culturales de la generación del 27, plenamente justificadas en aquéllas por ser «señoritos de cuna», como se suele decir, vamos.)

F. A.—María, ¿no es demasiado abandonar todo y reducir tu vida al flamenco?

LA MARRURRA.—No, también tengo otras aficiones, como escuchar «blues», «folk» y otras cosas que cantaba antes. Y si he tenido que reducir todas las cosas al flamenco es porque era necesario para poder entrar en él y dominarlo. ¡Y aún me queda mucho...!

F. A.—¿Y en el «jazz», no encontrabas lo que en el flamenco encuentras?

LA MARRURRA.—Sí encontraba algo, pero no entraba tanto en el ambiente del «jazz» como para poder entender o apasionarme por ello. El «blues» lo he conocido y cantado, y también cantaba canciones de vaqueros, «rock», un poco de «jazz»... «folk» de varias partes del mundo. Aunque hice amistad con un pianista y un contrabajo y otros músicos negros, y en la Universidad conocí una negra, la vida del Estado de Florida —yo vivía en

Sacksonville— y la manera de pensar de la gente no me daba la posibilidad de entrar de lleno en el «jazz» y con los negros. Igual que aquí ocurre a veces, que hay gente que me critica por juntarme con los gitanos.

(María es una enfebrecida admiradora del cante gitano y también de los gitanos, que la vuelven loca. Todos la tratan muy bien y aprecian su afición. Además no es una competidora ni todos creen que pueda llegar a serlo, aunque su disco grande y sus intervenciones en televisión y en algunos festivales no caen bien a todos. Una cosa es que la dé por cantar y otra que pretenda vivir «trincando» del cante...)

F. A.—Muchos artistas andaluces, o mejor, muchos andaluces que cantan, no han podido llegar a ser cantaores profesionales por no poder dedicar tiempo, comprar discos, cintas, magnetofón, entrar en juergas o abandonar su trabajo. ¿Te ha costado mucho dinero esta aventura tuya de aprender a cantar?

LA MARRURRA.—En relación con mis posibilidades, sí. Ahora, cualquier señorito que quisiera

aprender se gastaría una fortuna. Yo he tenido que comer menos a veces o tener menos ropa, viajar en «auto-stop». A veces gano en una fiesta para ir a un festival, para cintas o cuerdas —María sabe tocar la guitarra, cosa poco común entre los cantaores— y otros gastos que me origina mi afición, pero vivir de ello... ni hablar hasta ahora... (Conviene advertir a los lectores que la palabra «aficionado» no tiene, entre los flamencos, el significado de principiante o no profesional. Hay excelentes cantaores y profesionales maduros y famosos de los que se dice que son buenos aficionados porque su amor al cante, al baile o a la guitarra sobrepasa la rutina profesional e incluso el interés económico en ocasiones. Sirva de ejemplo el hecho de que el maestro Antonio Mairena sea calificado como un buenísimo aficionado en función de su curiosidad investigadora, de su pasión desmedida por el arte flamenco o de sus exigencias de responsabilidad artística, tal como él la entiende.)

F. A.—Después de lo que has trabajado para llegar al nivel que

has alcanzado, ¿cómo te ves frente al público y los compañeros? ¿Piensas que convences a los buenos aficionados? (¿Qué sería se ha puesto María...!)

LA MARRURRA.—En público no he tenido muchas posibilidades, aunque he cantado en varios festivales. En Archidona, con el Clavel, Gerena y Miguel Vargas; en Utrera, con Menese, Antonio y Manolo Mairena; en Pegalajar, con Morente y Gerena; en Valdepeñas de Jaén, con Rafael Romero y Juanele; con Fernanda y Bernarda, en Utrera; en un pueblo de Huelva, con «Chocolate» y Curro Melena; en La Cuadra de Paco Lira, en Sevilla, y en televisión y cuando ponen el disco en la radio. Pero el público en general no sé... Entre los aficionados ya están acostumbrados a ver extranjeros dedicados a esto... Hay muchos: Cristóbal es norteamericano y es guitarrista, y Paul Shalmy... y Roberto, que hacía guitarras; Carolina de los Reyes, americana, y Carmen de Puerto Rico, que han bailado mucho con «el Greco»; Koyma, que es japonés, y tú le has visto en Utrera cuando fuimos al homenaje de Caracol; Masao también es japonés; la mujer de Gabriel... (Se refiere María a la mujer del cantaor gitano Gabriel Moreno. María suele citar a los artistas por el nombre familiar dentro del ambiente. Pocos artistas y aficionados han entrado tan dentro de cada grupo como ella. Con prudencia, vigilante, atenta a todas las posibilidades de aprender y ganarse el corazón y la confianza de sus ídolos —y de su propia aventura— participa a un tiempo del «secreto» de los diversos grupos que se aglutinan alrededor de cada maestro o escuela.) Hay muchísimos... Respecto a mí, yo no sé... depende de la afición que tenga y de lo que valore en mí mi afición... y depende de los prejuicios... (María ya lo ha dicho, «los prejuicios», y al enjuiciarlos así está claro que debajo de su prudencia y de su humildad confía secretamente en llegar a convencer a los mejores aficionados. Lo malo es que piensa que para eso tiene que aprender más todavía. No, María, no es cuestión ya de aprender más. Nadie te niega ya lo mucho que sabes ni tu sensibilidad exquisita, ni la inteligencia y el gusto con que vas cincelando cada cante, ni la ambición que te lleva a tomar como modelo a Mairena o a Pastora... Nos seguiremos encontrando en el Cortijo, en Gayango, el Palomar, el Africano, la Alemana... o en Granada, Jaén y Sevilla... siempre con tu magnetofón al hombro. Pero no aprendas tanto, María, que no es eso... ■ F. ALMAZAN.

María la Marrurra, con Antonio Mairena.

